

CRÍTICA

DAISY DUNN

LA VENGANZA DE PANDORA

UNA HISTORIA DEL
MUNDO ANTIGUO A
TRAVÉS DE LAS
MUJERES

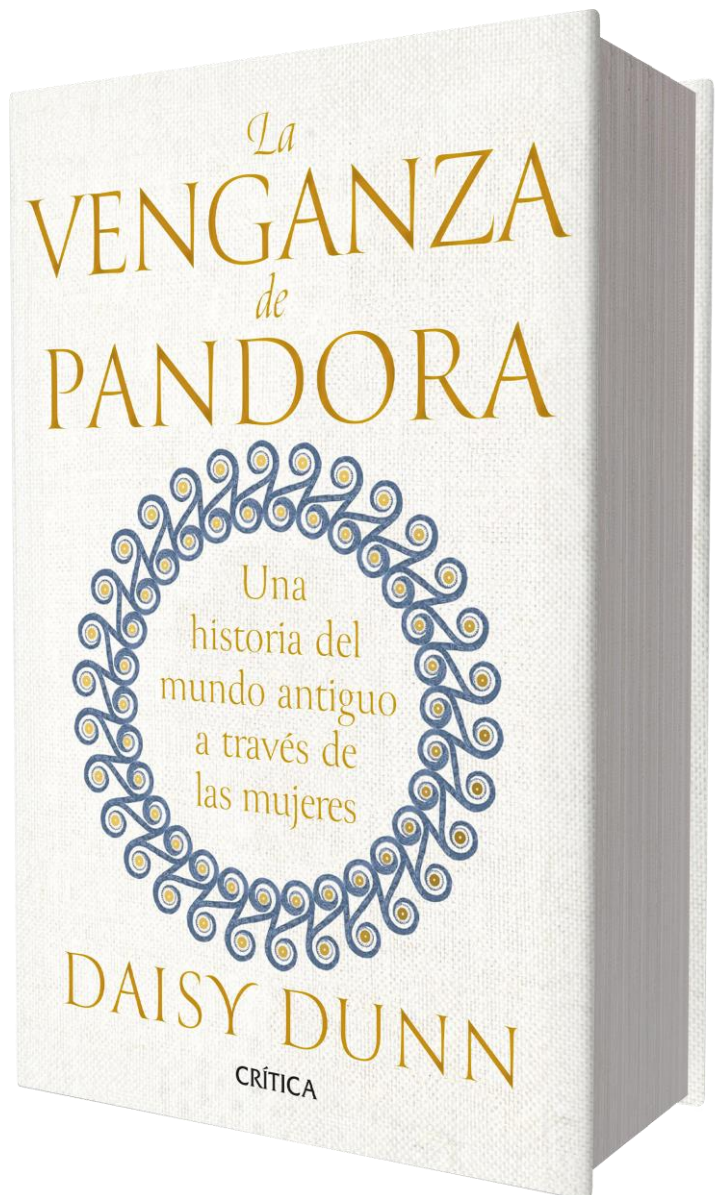
A LA VENTA EL 16
DE OCTUBRE

MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

AUTORA DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



SINOPSIS

UNA MAGISTRAL HISTORIA DEL MUNDO ANTIGUO CONTADA POR PRIMERA VEZ A TRAVÉS DE MUJERES ARTISTAS, LÍDERES Y CREADORAS DE LA HISTORIA.

Durante siglos, la historia del mundo clásico ha sido relatada a través de emperadores, reyes y señores de la guerra, relegando a un segundo plano las personalidades femeninas que también lo conformaron. En *La venganza de Pandora* la clasicista Daisy Dunn se propone revertir esta tradición para situar a las mujeres en el centro de la narrativa.

Por las siguientes páginas desfilan personajes conocidos como Cleopatra, Agripina o Safo, seguidas por otras artistas, escritoras y líderes como Artemisia, la única mujer comandante en las guerras greco-persas; Cynisca, la primera mujer ganadora en los Juegos Olímpicos o Fulvia, la esposa de Marco Antonio que libró una guerra en su nombre, además de muchas otras de las que desconocemos su nombre, pero de una forma u otra marcaron en curso de la historia.

A lo largo de tres mil años, desde la Creta minoica hasta la Grecia micénica, desde Lesbos hasta el Asia Menor, desde el Imperio Persa hasta la corte real de Macedonia, y concluyendo en el Imperio romano, Daisy Dunn nos muestra el mundo antiguo a través de la mirada del increíble elenco de mujeres que lo conformó.

LA AUTORA



Daisy Dunn es una galardonada escritora y clasicista. Nació en Londres y creció en una familia de artistas en Wimbledon. Su último libro, *Not Far from Brideshead* fue libro del año de Waterstones, *Daily Telegraph* y *The Independent*. La doble biografía sobre los dos Plinios, *In The Shadow of Vesuvius: A Life of Pliny*, fue Editor's Choice en el *New York Times* y libro del año en varias publicaciones. Además de sus libros, es columnista de *Spectator* y *Spear's* y colabora con *Sunday Times*, *Evening Standard*, *Daily Telegraph*, *History Today*, *Literary Review*, *The London Magazine*, *New Statesman* y *Newsweek*.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Las mujeres fueron creadas para complicarles la vida a los hombres. Muchos de ellos lo sabían de toda la vida, pero aun así era reconfortante oírlo de boca de quien conocía tanto a las musas como a los dioses, de alguien que lo sabía todo. [...]. Las mujeres solo servían para arar con los bueyes, engendrar retoños y zamparse la comida que se suponía debían almacenar. Para todo lo demás, eran unas auténticas inútiles. Sin embargo, no todo era culpa suya. Las pobres desdichadas pagaban el precio de ser descendientes de quien Hesíodo calificó con las palabras griegas *kalon kakon*, un bello mal. En efecto, Pandora, este bello mal, fue la primera mujer. Zeus, el rey del Olimpo, convocó al divino artesano, Hefesto, para que la hiciese a partir de tierra y agua y le diera el rostro de una diosa. Atenea le enseñó a tejer y la engalanó con vestidos de deslumbrante blancura y con un velo bordado de finos encajes. Las horas la coronaron con flores y las gracias colocaron en su cuello dorados collares. **Afrodita le otorgó una irresistible sensualidad y Hermes una mente cínica y traicionera. Cada inmortal aportó algo. Pandora era “de todo dotada” y “de todo donante”. Pero, sobre todo, era una creación de Zeus.**»

«Fue concebida como un castigo para los hombres, peones desafortunados en el enfrentamiento entre el rey de los dioses y Prometeo, uno de los titanes. Zeus se sintió ofendido porque este le había engañado, [...]. En el fragor de la disputa, el gigantesco Prometeo robó el fuego y se lo dio a los humanos, para que pudieran valerse por sí mismos. Sin embargo, este acto desencadenó el fin de la Edad de Oro, una época paradisíaca en que los hombres (solo había varones) obtenían los frutos de la tierra sin esfuerzo y no conocían la enfermedad ni la necesidad, ni siquiera el deseo de viajar a regiones lejanas. **Con el fuego, adquirieron los medios para construir barcos, cocinar y vivir de forma impía. Fue entonces cuando Zeus les envió a Pandora. Todos sus problemas empezaron con ella y con la jarra que llevaba consigo.**»

«Había diferentes versiones del mito, pero la idea central persistió tal y como la había establecido Hesíodo en el siglo VII a. C. **La mujer pasaba a ser un producto de la imaginación masculina, que cobraba forma entre los dedos de los hombres y servía como chivo expiatorio de las desdichas de estos. [...] Pandora, al igual que Eva, su homóloga cristiana, perduró en la mente masculina como la esencia primigenia de la feminidad.** Todas tejían como ella lo había hecho, engañaban como ella había mentido y, si se mostraban lascivas, cosa que parecía ser el caso de cualquier mujer que disfrutara en la cama, lo eran como ella lo había sido. [...].»

«Pero la transformación de Pandora había comenzado mucho antes de que los hombres fueran siquiera conscientes de ese proceso. A lo largo de toda la Antigüedad, las mujeres estuvieron a cargo de múltiples actividades productivas y realizaron actos de escritura, política e ingeniería, a los que, sin embargo, muchos varones no prestaron atención. En cambio, poetas y escritores no tenían problema alguno a la hora de imaginar heroínas mitológicas que convertían sus tareas domésticas en verdaderos ejercicios de expresión creativa. Así, en la *Odisea* de Homero, que es un poco anterior a la obra de Hesíodo, Penélope deshacía por la noche con astucia los hilos del sudario que tejía durante el día, para evitar de ese modo casarse. [...] **Lo cierto es que a los hombres no se les ocurrió nunca que las mujeres de carne y hueso pudieran dedicarse a algo igual de interesante. Este libro trata de esas mujeres.**»

«Tejer, el oficio de Pandora, no solo era la principal ocupación de la mayoría de las mujeres de la Antigüedad, sino también un recordatorio cotidiano de la proximidad de la muerte. En este

sentido, tejer convertía en artistas a todas las mujeres, aunque no todas ellas se dieron por satisfechas con esta tarea. [...]. El gran enciclopedista del siglo I de nuestra era, Plinio el Viejo, atribuía a una tal Cora de Corinto la invención del retrato, en una ocasión en que trazó sobre la pared el perfil del rostro de su amante y pidió a su padre que recreara el contorno con arcilla. También Plinio tenía constancia de otras seis mujeres que eran artistas profesionales: Timarete, Irene, Calipso, Aristarete, Iaia y Olimpia, aunque no se conserva ninguna de sus obras. En cambio, a veces las inscripciones registran las actividades de otro tipo realizadas por mujeres. En este sentido, File de Priene, en la Jonia griega, constituye un caso interesante y poco habitual. No solo llegó a ocupar una magistratura en su ciudad a mediados del siglo I a. C., sino que también es la primera mujer conocida que mandó construir un embalse y un acueducto a sus expensas.»

«No obstante, la trascendencia de las contribuciones femeninas al mundo antiguo va más allá de las aportaciones de algunas mujeres extraordinarias. Todas ellas juntas participaron en la construcción de la Antigüedad tal y como la conocemos. En este sentido, fueron *artífices de la historia*. También es justo representárselas de este modo colectivo dado que muchas de ellas murieron sin poder dejar rastro alguno en el mundo. Fueron millones las que fallecieron al dar a luz y desaparecieron sin que sus nombres quedaran grabados en piedra. En el siglo V a. C., Pericles dijo que «será grande la [reputación] de aquella [mujer] cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres». Lo cierto es que así fue en la mayoría de los casos y, por tanto, estas mujeres se perdieron para la historia. Incluso las que figuran documentadas en las fuentes literarias e históricas tienden a verse relegadas a un segundo plano y a ser caracterizadas de forma insidiosa. Muy a menudo, se las describe como entrometidas en los asuntos masculinos, como pandoras maliciosas, *les femmes à chercher*. Por el contrario, para describir a las honradas se empleaban palabras latinas que no necesitan traducción: *modestia*, *puđicitia*, *castitas*, *pietas*. **Puede que estas virtudes no susciten mucho entusiasmo en la mujer moderna, pero si solo se presta atención a las rebeldes, se corre el riesgo de pasar por alto a algunas de las más fascinantes protagonistas de la historia. En ocasiones, fue precisamente gracias a que respondían a este patrón que algunas pudieron alcanzar la inmortalidad. Decir de cualquiera de ellas que “no se comportaba como una Mujer” podía ser el mayor de los cumplidos y el más grave de los insultos.»**

«La «historia» de la Antigüedad es un relato de guerreros, conquistadores y reyes barbudos, autoritarios e imbuidos de un poder que no aceptaba un no por respuesta. Para intentar revertir esta tendencia se podría hilvanar una colección de capítulos sobre Cleopatra, Boudica y otra media docena de mujeres menos conocidas, pero el resultado estaría muy lejos de ser una historia completa. [...].»

«El reto que asumí era escribir **una obra que fuese por derecho propio una historia novedosa del mundo clásico y que al mismo tiempo pusiese de relieve la participación femenina en su construcción**. Por lo tanto, **este no es libro sobre las mujeres, sino que es una historia de la Antigüedad escrita desde las mujeres, en la medida en que esto es posible**. El objetivo del texto es ponerlas en primer plano, no distorsionar los acontecimientos y hacer como si no fueran los hombres los que, por lo general, llevaban la voz cantante. Lo cierto es que, si se eliminan los Ptolomeo y los César, si se prescinde por completo de Pericles y Alejandro, de Jerjes y Juba, lo que queda es un páramo yermo. Ahora bien, si se los desplaza un tanto hacia los bordes de la escena, puede que salgan a la luz las mujeres eclipsadas por su sombra.»

«Con cada capítulo de este libro, con cada siglo que recorre el texto, las fuentes disponibles se vuelven más ricas y es posible acercarse un poco más a este objetivo. **Para investigar esta obra he tenido que volver a los textos griegos y latinos que he leído y estudiado a lo largo de toda mi vida. Hacerlo ha servido para reforzar mi creencia de que cuando se quiere encontrar algo**

hay que ponerse a buscarlo, en vez de esperar a que se te sirva en bandeja. No importa lo bien que alguien *piense* que conoce un poema o una obra de arte, siempre es posible verlo bajo una nueva luz.»

«Buscar a las mujeres de forma activa en las fuentes literarias y arqueológicas me ha llevado a descubrir material que no sabía que existía. [...] muchas personas conocen a Marco Antonio como el malogrado amante de Cleopatra, pero relativamente pocas recuerdan a su esposa, Fulvia. Los historiadores de la época clásica cuentan cómo esta mujer, de dotes extraordinarias, libró una guerra en nombre de su marido, mientras él continuaba con su aventura amorosa en Egipto. Yo ya había leído esos pasajes, pero me mostraba escéptica, hasta que supe que se habían desenterrado en el lugar de un asedio varios proyectiles de plomo con inscripciones insultantes en las que se la nombraba. En una de ellas se leía: «¡Voy a por el clítoris de Fulvia!». [...].»

«Me ha sorprendido en repetidas ocasiones el trato desconsiderado que recibían las mujeres [...] así como el coraje con el que ellas se esforzaban por labrar su propio destino. Puede que sea cierto que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer, pero a menudo también es verdad que delante de toda gran mujer hay un hombre que se cree grande. Es una afirmación atrevida y subjetiva, pero las fuentes hablan por sí solas.»

PECHOS Y TOROS

«En la Constantinopla del siglo IX de nuestra era, un erudito y bibliófilo llamado Focio, que poco después sería beatificado, hurgaba entre sus manuscritos. [...]. La nota, garabateada a partir de un papiro del antiguo Egipto, hacía la sorprendente afirmación de que Homero había plagiado sus obras épicas de una mujer. [...] Su nombre sería Phantasia y habría depositado sus libros sobre la guerra de Troya y las aventuras de Ulises en un templo de Menfis, al sur de El Cairo, donde los habría encontrado el joven aspirante a poeta.»

«Unos cuantos siglos después de que el santo Focio descubriera este curioso dato, Eustacio, arzobispo de Salónica, en Grecia, se topó con otra referencia a Phantasia. Esta vez su fuente era un misterioso Naucrates, quien la identificaba como poeta en Menfis y a Homero como alumno suyo o como un rapsoda egipcio. Afirmaba también que la escritora habría depositado sus obras acabadas en un templo dedicado a Hefesto. [...] Parecía impensable que la *Ilíada*, que está llena de descripciones de enfrentamientos bélicos, hubiese sido compuesta por una mujer. Pero hacía mucho tiempo que Butler pensaba que la *Odisea* era un poema más de andar por casa, propio de damas y diosas, una obra que rebosaba errores que un hombre nunca cometería.[...] décadas después, Robert Graves, autor de *Yo, Claudio*, leyó esta obra y consideró que era un fiel reflejo de sus propias ideas sobre la *Odisea*.»

« Solo había un problema con las teorías de estos hombres. Phantasia era una invención. La referencia más temprana que hay de ella se remonta a los escritos de un gramático alejandrino del siglo II, llamado Ptolomeo Queno (un sobrenombre que significa «codorniz»). [...] esta codorniz era una especie de bufón, con una voraz propensión a lo absurdo, que a menudo inventaba referencias y citas espurias para dar más fuerza a sus descabelladas afirmaciones. [...] para los eruditos la verdad saltaba a la vista. *Phantasia* es la palabra griega para referirse a la imaginación, pero también a algo engañoso, a lo que se “muestra” en lugar de lo que “es”, algo así como un “trampantojo”.»

«Es posible que la existencia de Phantasia sea una de las bromas pesadas más duraderas de la historia de la literatura. Al hacerla pasar por la creadora de las épicas homéricas, Queno y sus seguidores engañaron a algunos de los lectores más instruidos de la historia. Lo cierto es que en el siglo XIX y principios del XX no había tantos hombres dispuestos a creer que una mujer fuera

capaz de componer una de las obras más célebres del mundo. [...] Esta invención sirve como recordatorio de que, si se quiere comprender la posición de las mujeres de carne y hueso en la Antigüedad, es necesario remontarse en el tiempo a un período anterior a Homero y al desarrollo de la literatura. Hay que retrotraerse a las poblaciones micénicas de la Grecia primitiva, que tuvieron su apogeo en la época del legendario Ulises, y antes que ellas, a la cultura de la que tanto aprendieron: la minoica, que floreció en Creta en la Edad del Bronce y que adoraba a divinidades femeninas.»

«Muchas de las prendas que usaba el pueblo minoico se considerarían hoy en día característicamente femeninas. Los hombres vestían pareos, similares a faldas, y coquillas. Además, portaban espadas y hachas de bronce. Las mujeres llevaban largas faldas estampadas con motivos geométricos, cinturones y, si se cubrían la parte de arriba, algo parecido a un corsé; de cualquier forma, en las obras de arte conservadas es muy común que lleven los senos al descubierto. Se cree que inventaron la sandalia.»

«Evans había excavado yacimientos en Bosnia, Italia y Sicilia antes de recalar en Cnosos. Sin embargo, a pesar de su cosmopolitismo, veía la cultura minoica sobre todo a través de las lentes de sus experiencias en el imperio británico. Para empezar, dio por sentado que unos edificios tan suntuosos como los que había hallado solo podían corresponder a una monarquía dirigida por un rey. Era razonable suponer que el antiguo complejo albergaba a los miembros más influyentes de la élite, pero no había pruebas de la existencia de un rey Minos en la vida real.»

«Las mujeres de las que hablan las tablillas realizaban una gran variedad de oficios, muchos de los cuales aparecen reflejados en las epopeyas homéricas. Así, en la *Odisea*, son ellas las que muelen el trigo y la cebada, “vigor de varones”, en las muelas, de las que se han encontrado algunas en el palacio de Pilos. En ambos poemas épicos son ellas, ya sean de la realeza o serviles, las que elaboran los tejidos. Andrómaca trabaja en su palacio con un telar y una rueca, mientras da órdenes a sus sirvientas. Helena borda un paño púrpura con escenas de la guerra de Troya, como si ella misma desgranara la trama del poema. [...] El *modus operandi* habitual en los palacios micénicos era el trabajo grupal. Las mujeres solían ir acompañadas de niños y niñas, es de suponer que sus propios hijos y sus propias hijas, mientras realizaban sus tareas.»

«Aunque muchas de estas tareas eran duras y extenuantes, se reconocía que el trabajo femenino exigía una gran habilidad, algo de lo que se enorgullecían las poblaciones micénicas. A veces se describe a los hombres en las tablillas como descendientes de mujeres de determinados oficios, por ejemplo, “hijos de hilanderas de lino”. Las trabajadoras recibían la misma cantidad de alimentos en los repartos regulares que sus compañeros varones y el doble que sus hijas e hijos, mientras que en Babilonia los hombres solían recibir el triple de la ración femenina. [...] Dada la importancia histórica de las mujeres en la corte de Pilos, parece lógico que un rey mítico de la ciudad tomara parte en la disputa en torno a Briseida que recoge la *Ilíada*. El anciano Néstor insta a Agamenón a devolver la mujer a Aquiles y a poner fin al desencuentro entre ambos.»

DECADENCIA Y CAMBIO

«La guerra de Troya marcó de forma simbólica el ocaso de una época y el nacimiento de otra, que resultó ser mucho menos liberal en lo que se refiere a las mujeres. Aunque la narración homérica era ficticia en líneas generales, gran parte de lo que en ella se describe (la mentalidad de los soldados, las rencillas, las armaduras, el horror, la esclavitud femenina o la naturaleza imprevisible del conflicto, que se decantaba a favor de un bando u otro como si dos equipos enfrentados de dioses compitieran entre sí en un juego) era muy real. La *Ilíada* era la historia de

los últimos héroes de la Edad del Bronce Final, contada con plena conciencia de que se trataba de un mundo que llegaba a su fin.»

«Por lo que respecta a las mujeres, fue una etapa especialmente enervante, ya que a menudo sus maridos, hijos y hermanos navegaban muy lejos del territorio griego, rumbo a Asia Menor y a las islas cercanas, mientras ellas les esperaban en casa. No había forma de saber si volverían a verlos, ni cuándo. Puede que al partir prometieran un nuevo comienzo a las mujeres de la familia, o que les dijeran que volverían a por ellas en cuanto encontraran un lugar adecuado para construir un hogar, pero lo cierto es que la esperanza solo se puede mantener hasta cierto punto. Pasado un tiempo, los silencios prolongados se hacían insoportables. [...] Resulta irónico que el despertar que se produjo a comienzos de la Edad de Hierro sea más fácil de percibir en el número de quienes duermen el sueño eterno: la cantidad de tumbas y la calidad de los artefactos que contienen ofrecen las pruebas más sólidas de este aumento demográfico.»

«La posición de la rica dama ateniense, que recibió el funeral más lujoso de su época hallado hasta la fecha en esta parte del mundo, queda patente a raíz de los objetos sepultados con ella: broches de bronce, pendientes y anillos de oro, un collar de cuentas de vidrio procedentes de Egipto o Siria, sellos de marfil, recipientes para cosméticos y, lo que es más interesante de todo, una urna de terracota decorada con hermosas pinturas y rematada por cinco graneros en miniatura con forma de colmena, que a su vez imitan las cuentas de sus pendientes. Este elemento es tan poco habitual que resulta tentador concluir que la mujer se dedicaba a algún negocio agrícola. Fue precisamente en esta época cuando Atenas y la región circundante del Ática empezaron a florecer de nuevo gracias al comercio. No es que la existencia de administradoras, propietarias o similares de explotaciones agrarias fuera inaudita en el siglo IX a. C., pero desde luego hay pocos indicios de que fuera algo habitual. Para haber enterrado a la difunta con una representación en miniatura de su oficio, con sus sellos de marfil y todo, sus familiares debían sentir un orgullo inmenso ante sus logros.»

«El primer templo dedicado a Inanna se erigió en Uruk, en el sur de Mesopotamia, ciudad que la tenía por protectora. Esta diosa en verdad paradójica era venerada desde aproximadamente el año 3000 a. C. por los pueblos sumerio y acadio y más tarde, bajo el nombre de Ishtar, en las religiones babilonia y asiria. Inanna debe su reputación en gran medida a la imaginación de la primera persona del mundo cuyo nombre se conserva asociado a una obra literaria. Enheduanna fue una poeta sumeria del tercer milenio antes de Cristo. Era hija de Sargón, rey de Acad, una ciudad que hay quien cree estaba situada cerca de la actual Bagdad. Su madre era Tashlultum. La familia gobernaba un extraordinario imperio que abarcaba desde el Mediterráneo oriental hasta el golfo Pérsico. Enheduanna era también la suma sacerdotisa de una deidad lunar llamada Nanna, [...]. Compuso animados himnos y poemas para el templo y tuvo la precaución de firmarlos con su nombre. A menudo, cantaba las alabanzas de Inanna y de sus numerosos atributos.»

«[...] Un enemigo del padre de la sacerdotisa, tenía costumbres bestiales y pretendía hacerse con el poder. Escupió en su propia mano y luego tapó con ella la boca de la poeta, antes de blandir una daga (símbolo de otra cosa) y decirle que se lo merecía. La violó a continuación y la echó de su residencia, por lo que se vio obligada a vagar entre matorrales y espinos. “Mi bella imagen”, escribió Enheduanna en versos trágicos, “se desvanece bajo el polvo.” Las mujeres de Mileto habrían entendido muy bien su sufrimiento. La boca de Enheduanna era la de una poeta, “dulce como la miel” e inocente. Sus labios ya no podían emitir palabras y, sin embargo, se negaban a callar. Ella utilizó su himno para incriminar y maldecir al hombre que la había agredido y para implorar a Inanna que lo castigara. A su vez, la diosa la ayudó a recuperar parte de sus fuerzas. [...] El nombre de Enheduanna aparece en una inscripción en la parte posterior del disco. El arte de la escritura, asociado a las mujeres desde las culturas troyana e hitita hasta los versos

de Homero, rescató la memoria de la poeta y la salvó del destino común del anonimato. Lo cierto es que varios cientos de años antes de que naciera Enheduanna ya hubo otra mujer que gobernó en solitario, o que por lo menos ocupó una posición destacada de poder en la ciudad de Ur. Se llamaba Puabi y se la califica de “reina”.»

«La tolerancia de los reinos mesopotámicos hacia las muestras de poder femenino ayuda a entender la perdurabilidad de la imagen de Inanna plasmada en el poema de Enheduanna. [...]. Es evidente que la concepción griega de Afrodita como una divinidad a la que temer debe mucho a las ideas mesopotámicas recogidas por Enheduanna. Quienes leyeran a Homero comprenderían a la perfección la duplicidad del acto de la diosa al entregar Helena a Paris. No se trataba de una unión amorosa, sino de una declaración de guerra.»

«La creación de los juegos fue el pistoletazo de salida de nuevas libertades femeninas, ya que hasta ese momento las mujeres habían viajado sobre todo por necesidad, más que por placer. Al principio, era difícil percibir esta emancipación, ya que se impusieron reglas para limitar su participación en las pruebas. A ninguna de ellas le debió coger por sorpresa que no se les permitiera participar en las carreras a pie o en cuadrigas o en las violentas luchas a puñetazo limpio, porque eran deportes que solo practicaban los hombres. Sin embargo, sí que se debieron sentir decepcionadas al descubrir que tampoco podían ver competir a sus hijos y maridos. Una ley particularmente represiva dictaminaba que cualquier mujer vista en las inmediaciones de los Juegos mientras los hombres participaban en las pruebas podía ser arrojada por los acantilados cercanos. Se supone que el objetivo de la norma era proteger la virtud femenina: los hombres solían competir desnudos»

«Con la incorporación a las pruebas de la carrera femenina, las mujeres tuvieron la oportunidad de experimentar el triunfo por sí mismas. Celebrada en Olimpia cada cuatro años en honor a Hera, reina de los dioses, esta competición exigía a las participantes correr en una pista ligeramente más corta que la de los hombres y en grupos por edades. Las competidoras vestían túnicas cortas que dejaban al descubierto el hombro derecho. Como también se trataba de una festividad religiosa, dieciséis mujeres casadas estaban encargadas de tejer una nueva y lujosa vestimenta para la diosa por cada tanda de carreras. Al igual que en las competiciones masculinas, los premios eran modestos: las ganadoras recibían coronas de hojas de olivo y carne de los sacrificios.»

LA DÉCIMA MUSA

«Situada en el Egeo oriental, a medio día de viaje desde la costa occidental de Asia Menor, se encuentra la escarpada isla griega de Lesbos. [...] Aunque se cuenta en los poemas épicos de Homero que Agamenón, Menelao y Ulises llegaron hasta la isla, esta era más conocida por sus mujeres y, sobre todo, por sus mujeres poetas. Cualquiera que hubiera leído la *Ilíada* sabía que Lesbos era lugar de mujeres hermosas.»

«En la segunda mitad del siglo VII a. C., las habitantes de la isla en la vida real estaban acostumbradas a ser juzgadas por su aspecto, ya que se celebraba un concurso de belleza anual. Las participantes se vestían con sus ropajes más elegantes y desfilaban ante un jurado considerado experto en estos asuntos. Pero no todas las mujeres eran consideradas merecedoras de un premio. Safo, según se decía, no era hermosa en absoluto. Era bajita, morena y muy poco agraciada. Ciertamente que ninguno de los escritores que la describieron de este modo podía haberla visto, pero eso no impidió que sus palabras se dieran por buenas a lo largo de los siglos. [...] Parecía haber algo muy llamativo en la idea de que la poeta que se hizo famosa por escribir sobre el amor y la atracción fuera ella misma poco atractiva. En última instancia, los

rumores maledicentes no perjudicaron a Safo. Al contrario, la ayudaron a convertirse en la primera mujer de Lesbos recordada por algo más que su belleza.»

«Safo compuso sus poemas en varios estilos. Podía pasar sin esfuerzo de epigramas a cantos fúnebres, himnos nupciales, piezas épicas y versos románticos, muchos de los cuales se inspiraban en el enigma de las mujeres a las que admiraba. Inventó su propia forma poética, la estrofa sáfica, que cuenta con tres versos endecasílabos, ligeros pero penetrantes, rematados por un pentasílabo final que contenía alguna floritura. [...] **Como poeta, le atraía la noción de que la primera mujer también tejía. Hesíodo había descrito cómo Atenea dotó a Pandora de las habilidades necesarias para fabricar tejidos y después la engalanó con finos vestidos, proporcionándole un ejemplo de lo que podía elaborar por sí misma. Es probable que Safo estuviera siguiendo los pasos de Hesíodo cuando caracterizó a Pandora como la tejedora arquetípica** en uno de sus poemas perdidos. Ella misma no se quedó atrás y se ganó a pulso la reputación de ser una “urdidor[a] de palabras”, como describió a Eros en una ocasión. De este modo, creció para tejer historias, guirnaldas y canciones sobre esas guirnaldas, con lo que convirtió el trabajo de las mujeres de la isla en objeto de celebración.»

«[...] De los muchos poemas que compuso Safo, los que más perduraron en la memoria, sobre todo en épocas posteriores, fueron aquellos en los que expresaba un interés romántico por otras mujeres. Al igual que el término “sáfico”, la palabra “lésbico” solo empezó a utilizarse para hacer referencia en exclusiva a las relaciones sexuales entre mujeres a finales del siglo XIX, a raíz de los versos de la poeta. Sin embargo, lo cierto es que ya en la Antigüedad se relacionaba Lesbos con prácticas eróticas que podrían considerarse transgresoras.»

«Así, el verbo griego *lesbiazein*, “actuar como una mujer de Lesbos”, podía emplearse para referirse al sexo oral realizado con personas de ambos sexos y la isla llegó a asociarse en especial con mujeres que se negaban a someterse a los hombres en el terreno erótico. De este modo, la caracterización homérica de Lesbos, como una isla de mujeres hermosas, acabó por ser sustituida por otra, según la cual sus habitantes femeninas tenían “pinta de hombres” y se sentían atraídas por otras mujeres “como si de hombres se tratara”. Era una forma sutil de decir que las isleñas mantenían relaciones sexuales entre sí y recurrían a consoladores.»

AMAZONAS Y REINAS

«Para cuando la dinastía Pisistrátida colapsó en Atenas, la tribu masageta llevaba siglos de existencia itinerante junto a las orillas orientales del mar Caspio. Su cultura era belicosa y su población fuerte, siempre firme sobre la silla de montar. [...] En la sociedad masageta era habitual que los hombres que deseaban mantener relaciones sexuales con una mujer colgaran su aljaba en la puerta del carromato de su amante, sin necesidad de ocultarse. Del mismo modo, acatar la autoridad de una gobernante femenina no era nada inusual. A finales del siglo VI a. C., este era el caso de la reina Tomiris.»

«Tomiris nunca habría sido conocida en Grecia si no hubiera sido porque Ciro de Persia le propuso matrimonio en 530/29 a. C. [...] Ciro supo que nunca podría convencerla, por lo que se dispuso a invadir el territorio. Cuando llegó a la tribu la noticia de estos preparativos, Tomiris envió un heraldo con un mensaje para el altivo rey. Los historiadores de la época daban por sentado que su condición masculina les dejaba las manos libres para inventarse las palabras de los personajes femeninos que aparecían en sus narraciones.»

«[...] Tomiris sabía que las probabilidades de que Ciro cambiara de opinión respecto a la invasión eran muy escasas. De modo que, sin darle la oportunidad de planear su próxima jugada, la reina

reunió sus tropas y las preparó para el combate. Ambos bandos iniciaron el enfrentamiento con una salva inicial de flechas antes de pasar al cuerpo a cuerpo con lanzas y dagas. No era habitual que una mujer tomara la iniciativa en el ataque, pero Tomiris no dudó ni un instante [...] El ejército maságeta demostró ser el más fuerte de los dos y aniquiló a las fuerzas persas. De hecho, es muy probable que Ciro muriera en la refriega. Sin embargo, la reina Tomiri no quedó satisfecha con la victoria y quiso vengar la muerte de su hijo con un acto de lo más cruel. Se propuso cumplir su amenaza y dar al monarca persa sangre hasta saciar. Primero, consiguió un odre de piel y lo llenó de sangre humana. Luego, buscó el cadáver de Ciro, le cortó la cabeza y la metió en el recipiente. Ante esta hecatombe flotante, declaró: «Aunque estoy viva y te he vencido en combate, tú has causado mi ruina al capturar a mi hijo mediante una celada; pero yo, tal y como te prometí, voy a saciarte de sangre [...] Este acto de venganza fue significativo más allá de la muerte de Ciro. En la historiografía persa constituye un hito que presagia las dificultades que aguardan a los futuros gobernantes del Imperio al otro lado de sus fronteras, en territorios en los que era habitual que las mujeres pillaran a los dirigentes extranjeros por sorpresa.»

«Las esposas reales de Persia acostumbraban a cenar con el monarca, pero se marchaban cuando empezaba el consumo de alcohol en la velada y se daba paso a bailarinas y concubinas, muchas de las cuales eran cautivas de guerra. Según una fuente griega, las reinas toleraban esta situación por dos motivos. El primero era que no tenían opción, ya que el rey era su señor. El segundo es que las concubinas les mostraban respeto y comprendían que existía una jerarquía femenina. [...] »

«Las mujeres escitas despertaron una especial curiosidad en el mundo helénico. Hoy en día se puede afirmar con cierta seguridad que ellas fueron la inspiración de las míticas amazonas. En Grecia, hay cerámicas decoradas con pinturas de guerreras desde el siglo VII a. C., que es más o menos la época en que Homero habló de ellas en sus poemas y cuando volvieron las primeras expediciones de la estepa euroasiática, su territorio. **Al contrario de lo que afirman muchos escritores griegos posteriores, las “amazonas” de la vida real no se amputaban el pecho derecho para facilitar el uso del arco y las flechas. No obstante, eran dignas de ser vistas, con la cabeza rapada, con pelucas confeccionadas a partir de sus propias trenzas y crines de caballo y con intrincados tatuajes por todo el cuerpo. Fragmentos de piel que se han conservado en algunos cadáveres muestran que se hacían grabar diseños zoomórficos y escenas de peleas entre animales.** [...] »

«Del examen de los restos óseos femeninos que se conservan se desprende que las escitas, al igual que las míticas amazonas, montaban a caballo muy a menudo. En muchos casos, muestran heridas traumáticas muy graves y extensas, del tipo de las que se reciben en combate. Una guerrera enterrada en el siglo IV a. C. en la necrópolis de Chertomlyk (Ucrania) tenía la cabeza de un dardo clavada en la columna vertebral. A su alrededor había joyas y un auténtico arsenal: dagas, puntas de flechas y la hoja de una lanza de hierro. Otra tumba de una antigüedad excepcional, fechada a finales del segundo milenio a. C., hallada en la actual Tiflis, contenía el esqueleto de una mujer que había muerto en la treintena. En algún momento de su vida había sufrido una contusión en el cráneo. Fue sepultada con su espada y otras armas y parte de la cabeza de un caballo. Las escitas solían ser enterradas con lanzas.»

«Para esta cultura, el género no era excusa. Ellas también cabalgaban, luchaban y llevaban pantalones. Si evitaban un combate, era porque así lo aconsejaban consideraciones tácticas.»

LA GUERRA DE ATOSA

«Es cierto que la intervención femenina en las guerras médicas fue relativamente secundaria, pero las mujeres dejaron su huella tanto en el campo de batalla como fuera de él y contribuyeron a la liberación de las ciudades de Jonia. En Delfos se erigieron estatuas de Hidna y su padre, que nadaron sin temor a cubierto de la noche para sabotear a la flota persa. Siglos más tarde, el emperador Nerón se llevó la escultura de la muchacha a su palacio de Roma y dejó atrás la de su padre. Artemisia, que tanto hizo por ayudar a la armada de Jerjes, fue representada junto a Mardonio en un pórtico de mármol blanco, construido en Esparta con materiales capturados como botín de guerra. Varios siglos después, la reina se convirtió en protagonista de una leyenda, según la cual habría sido rechazada por un hombre de Abido del que estaba enamorada[...]. Por lo visto, los personajes femeninos que alcanzaban la fama gracias a su brillantez y por sus propios medios, para luego perder la cabeza y ser víctimas de la pasión, se convirtieron con rapidez en un lugar común.»

UNA MANTA COMPARTIDA

«Mucho antes del ascenso de Roma, la cultura etrusca dominó la península Itálica. Alcanzó su punto álgido en torno al año 900 a. C., momento en el que se extendía desde el norte del río Arno, en la zona de la actual Toscana, hasta la bahía de Nápoles, en el sur. En esta civilización, las mujeres no solo eran visibles, sino respetadas.[...]»

«Dejando a un lado la cuestión de la procedencia, las etruscas fascinaban a los hombres griegos porque eran tan procaces y descaradas que parecían de otro mundo. Un autor afirmaba que criaban a sus hijas e hijos en común porque rara vez podían estar seguras de su paternidad, lo que no era de extrañar si se tiene en cuenta que no se escondían para mantener relaciones sexuales con los invitados varones después de las fiestas. Decía también este escritor que se acicalaban sin cesar y que hacían ejercicio desnudas, aunque estuvieran a la vista de miembros del sexo opuesto. Además, levantaban sus copas siempre que les apetecía y se sentaban a la mesa bajo las mismas mantas que sus maridos. Lo que resulta más insólito en la actualidad es que casi todo esto es cierto. [...] »

«Las mujeres etruscas prestaban mucha atención a su aspecto. Vestían de manera llamativa, con largas túnicas y mantos extravagantes, y llevaban gorros cónicos que los romanos llamaban *tutulus*. Se recogían el pelo en una única y larga trenza y calzaban elegantes pantuflas con las puntas vueltas hacia arriba. El impresionante sarcófago de Seianti Hanunia Tlesnasa, en la actualidad en el Museo Británico de Londres, está coronado por una escultura de la difunta, que tenía unos cincuenta años cuando falleció, pero que aparece representada en plena juventud. [...] Es poco probable que las etruscas criaran a sus hijas e hijos en común o que hicieran ejercicio desnudas frente a los hombres, pero nada les gustaba más que festejar, beber y cenar con ellos.»

«En la cultura etrusca seguía habiendo un ámbito de actividades femeninas en exclusiva, como en otras partes del mundo antiguo. La dueña del incensario también fue enterrada con una rueca y un huso. De hecho, este tipo de objetos, junto a pesas de telar y fusayolas, son algunos de los hallazgos más comunes en las tumbas de las mujeres de la élite etrusca. [...] La prominencia femenina en la sociedad etrusca queda patente en el uso de matronímicos. A diferencia de la costumbre romana, que imponía sin más a todas las niñas de un matrimonio la forma femenina de la estirpe paterna, en la cultura etrusca las pequeñas sí que recibían nombres propios [...].»

«Una aristócrata griega de gran cultura llamada Nóside, oriunda de la ciudad, alcanzó la fama en torno al año 300 a. C. gracias a sus epigramas. Compuso odas al amor (pues nada excede su dulzura) y a las diosas del Olimpo. También describe cómo ella misma tejió una túnica y la ofreció

a Hera, la esposa de Zeus, en un santuario. Escribió sobre una mujer llamada Calo que ofreció a Afrodita un retrato que, en opinión de la poeta, era muy realista. Una prostituta, Poliárquide, se ganó la admiración de Nósida por consagrar una estatua de oro a esta misma diosa, pagada con el mucho dinero que había ganado gracias a la belleza de su cuerpo. Los caracteres femeninos ocupan un lugar destacado en la poesía de esta autora, que también leían y disfrutaban los hombres. Por otra parte, el interés literario que demostró por el arte y el mecenazgo era característico de su ciudad y de su cultura. Existen pruebas fehacientes de que muchas mujeres, tanto serviles como libres, sabían leer y escribir en la región central de la península Itálica.»

«Aunque las dos figuras femeninas más destacadas de esta temprana “historia” de Roma, Lavinia y Rea Silvia, son personajes ficticios algunos aspectos de la leyenda están basados en la realidad. Es cierto que la provincia natal de la primera de ellas, el Lacio, se ha mostrado históricamente orgullosa de los logros de sus mujeres. Fue aquí donde se encontró el primer fragmento conocido de escritura alfabética griega de toda Italia, relacionado con una sepultura femenina de alrededor del año 775 a. C.40 La inscripción [...] deletrea la palabra *EUOIN*, que se ha interpretado como una forma etrusca de un término que en griego significaba “buena hilander” o “teje bien”. Es evidente que este calificativo hacía referencia a la mujer cuyos restos se encuentran en la urna, pero también era una expresión asociada con el devanado del hilo del destino y que en ocasiones se aplicaba a Ilitía, la diosa de los partos, que ponía en marcha el destino de cada persona. **Las mujeres no solo tejían sus tramas en el telar, sino que hilvanaban historias mucho más amplias.**»

«Puede que el relato que se contaba sobre la procedencia de las mujeres romanas fuera un añadido tardío a la leyenda de Rómulo, pero resultó ser igual de imperecedero y violento. [...] En vista de la línea de sucesiones reales masculinas que considera la tradición, puede resultar fácil que olvidemos que las mujeres también ocupaban un puesto central en la vida romana primitiva. Una de ellas en concreto se hizo célebre por el ejemplo que dio al resto de la población y por completar de manera voluntaria la transición del mundo etrusco al de la pujante Roma. Se llamaba Tanaquil y procedía de Tarquinia, una ciudad etrusca en la costa occidental del centro de la península Itálica. Es cierto que también se ha cuestionado su existencia, pero hay bastantes detalles en las fuentes (y se le rindió homenaje bastantes veces en los años posteriores a su muerte) como para restituirla al registro histórico del siglo VI a.C.»

«En las fuentes históricas es habitual calificar a Tanaquil como *bona femina*, buena mujer o esposa.[...] Sin embargo, **fue su especial capacidad creativa la que la hizo merecedora de pasar a la historia como algo más que la costurera de la familia. De forma un tanto sorprendente, se le atribuye la invención de la “túnica recta”, una prenda que vestían tanto las novias en la víspera de la boda como los muchachos en su transición a la edad adulta en Roma. No está claro si “recta” se refiere al corte de la tela o a la forma en que esta colgaba del cuerpo, pero la pieza era reconocible en la época con facilidad como parte del atuendo ceremonial. También se cree que fue ella quien impuso en su ciudad adoptiva la costumbre de que las prometidas llevaran en la procesión nupcial una rueca y un huso con hilo.** Las recién casadas también solían adornar con lana las puertas de sus nuevos maridos para atraer la buena suerte. Tal era la importancia otorgada a estas innovaciones, que se erigió una estatua en bronce de Tanaquil con la rueca, el huso y la lana en el templo de un dios sabino en el monte Quirinal de Roma, escultura que se conservó por lo menos hasta el siglo I de nuestra era.»

LOS JUEGOS DE OLIMPIA

«Desde que el pueblo macedonio tenía memoria, las ciudades-estado griegas habían despreciado su país, al que consideraban una región atrasada desde el punto de vista cultural en comparación con la sublime Atenas. Era el último lugar del mundo al que alguien iría en busca de algo bello. [...] Su oportunidad llegó el año 336 a. C., cuando la hija de Filipo, Cleopatra, fue entregada en matrimonio a su tío materno. La boda iba a ser el escenario ideal para dejar claro al mundo que la vida en el norte también podía ser muy elegante y sofisticada.[...] Poco podía imaginar el monarca que su esposa, la madre de la prometida, aprovecharía la ocasión para hacerse con el poder. El rey quería que los festejos fueran inolvidables, pero no de ese modo.»

«Alejandro III de Macedonia ascendió al trono con más facilidad de lo que había previsto su madre. [...] Es posible que esta historia sea inventada en buena medida, pero es cierto que Alejandro se caracterizaba en este período por despachar con rapidez todos los asuntos que llegaban ante él. Su prioridad era continuar la campaña militar iniciada por su padre. Apenas dos años después de subir al trono, el joven rey puso en marcha una expedición contra el imperio persa y partió hacia el este con más de treinta mil infantes, cinco mil jinetes y destacamentos reclutados en todas las ciudades-estado de Grecia. Olimpia, que permaneció en Macedonia con Antípatro, el leal consejero y general del difunto Filipo, tuvo oportunidad poco después de demostrar de nuevo su valía.»

«[...] Olimpia escribió a su hijo para quejarse de las repetidas insolencias del general ante la corte, y a su vez este envió una larga misiva en la que lamentaba las intromisiones de la mujer. El monarca suspiró preocupado y afirmó que su madre se cobraba con creces su puesto en el reino, sabedor de lo mucho que le gustaba a ella inmiscuirse en sus asuntos. Él mismo había perdido la paciencia a menudo por este motivo, pero cuando se trataba de poner en la balanza las quejas de su madre frente a las de Antípatro, no cabía duda de quién llevaba las de ganar. Esta correspondencia le afectó tanto que se planteó apartar al regente del gobierno, [...]. Sin embargo, antes de que pudiera tomar ninguna decisión, Olimpia abandonó Macedonia y regresó a su Epiro natal, tal y como había hecho tras la séptima boda de Filipo.»

«Olimpia al menos creía que una coalición encabezada por mujeres podía pararle los pies a Antípatro. A su regreso a Epiro en el 331 a. C., convenció a Cleopatra para que la ayudara a derrocarlo y asumir su cargo. Según sus planes, ella se haría cargo de Epiro, mientras su hija intentaba asentar su autoridad sobre Macedonia. Lo único que necesitaban para salirse con la suya era que Alejandro destituyera a su regente, para que dejara de estorbarles. El joven rey, que no sabía cómo negarse a las peticiones de las mujeres de su familia, convocó a su cuestionado general a su cuartel en Babilonia, con lo que puso fin a su gobierno en Macedonia. Olimpia demostró, una vez más, que su decisión de retirarse a Epiro no era en absoluto la concesión de una derrota, sino un cálculo para elegir el momento perfecto en el que aumentar su poder en la corte.»

«Un historiador de la época clásica afirmó que la guerra que se dio a continuación fue la primera librada entre dos mujeres. Sendos ejércitos compuestos en exclusiva de hombres se pusieron a las órdenes de Olimpia y de Adea-Eurídice, para ejecutar en cada caso los designios de una mujer. No obstante, el autor en cuestión diferenciaba entre los dos bandos en su relato. Afirmaba que Olimpia actuaba como una ménade presa de un furor dionisiaco, con el pelo suelto y alborotado al son de los tambores, mientras que su adversaria avanzaba con la calma y resolución de un general macedonio. Es difícil de creer que la reina que había engendrado a Alejandro Magno, llegada a la mediana edad, se mostrara así de impetuosa en el campo de batalla. De haberlo hecho, las tropas de la princesa no habrían tenido incentivo alguno para abandonar su bando y pasarse al contrario, como hicieron antes del enfrentamiento por lealtad

a la madre del anterior rey. Adea-Eurídice y su marido quedaron inermes tras esta defección. La triunfante Olimpia no tardó en ordenar el arresto de la pareja.»

«La dinastía Seléucida, que comerció con la India para obtener elefantes de guerra, se hizo con el poder en Asia, desde Siria hasta Irán; la Ptolemaica, en Egipto; y la Antigónida, en Macedonia. Olimpia, Eurídice y Cleopatra pusieron su granito de arena para asegurarse de que nadie que no fuera de la familia pudiera hacerse con la totalidad de las efímeras conquistas de Alejandro Magno.»

PARA FULVIA

«Sexto, el hijo de Pompeyo el Grande que había sobrevivido a una derrota anterior, lejos de desaparecer de la escena, como habían dado por sentado sus enemigos, acumulaba un poder creciente. Es probable que eso se lo debiera a Fulvia. En efecto, tras el asesinato de César, el Senado lo había nombrado prefecto de la flota y la costa y, cuando el triunvirato empezó a decretar nuevas proscripciones, acogió en Sicilia a numerosas víctimas expulsadas de Roma. En última instancia, se enteró de que él mismo había sido incluido en la lista negra bajo la falsa acusación de haber participado en el asesinato de César. A partir de ese momento, Sexto empezó a construir su propia armada. Fulvia y su suegra eran viejas amigas suyas y debieron animarlo a llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso con Marco Antonio.»

«[...] Los desplazamientos forzados terminaron por provocar un aumento de la violencia callejera y de los asesinatos y condujeron a la decadencia agrícola y la hambruna. Fulvia y su cuñado Lucio, hermano de Marco Antonio y cónsul de la república, buscaron la manera de sacar provecho de la situación. En un primer momento, pensaron en esperar al retorno del triunviro de las provincias del este, para reasentar a sus propios veteranos y ganar prestigio con el asunto. De hecho, Fulvia estaba tan decidida a no dejar que el pueblo olvidara a su marido que se plantó ante los soldados con sus hijos y su hija para ensalzarlo en público. Sin embargo, al ver lo impopular que el proceso de reasentamiento había hecho a Octavio, esta idea inicial fue desechada y decidieron, por el contrario, con bastante astucia política, tomar partido por las familias desposeídas.»

«[...] Su principal objetivo era reforzar la posición de Marco Antonio en el triunvirato y debilitar la de Octavio. Algunos escritores, sin embargo, afirmaron también que buscaba de forma deliberada provocar una guerra entre ambos hombres con el objetivo de que su marido volviera a casa. En Roma habían empezado a circular rumores acerca de las relaciones extramatrimoniales de su esposo.»

«Los escritores latinos describían de manera romántica el deseo latente que Cleopatra despertó en su invitado. Así, se afirma que Marco Antonio la vio y “quedó impresionado por su aspecto y su inteligencia y enseguida se rindió a sus pies, como si se tratara de un jovenzuelo, aunque en realidad tenía cuarenta años”. Cleopatra, con veintiocho y muy segura de sí misma, lo escuchaba con atención cuando hablaba e imitaba su jerga militar de forma encantadora. No le costó mucho convencerlo de que no era una traidora.»

«[...] Cleopatra había obtenido sus riquezas con tanta facilidad que a veces jugaba a no tener dinero. A la pareja de amantes le dio por vestirse de esclavo y esclava y asomarse a las ventanas de las familias pobres de la ciudad, para ver cómo vivía la clase desposeída. Se reían mientras lo hacían, sin engañar a nadie con sus harapientos disfraces. **Plutarco creía que Cleopatra estaba en deuda con Fulvia, por haber enseñado a Marco Antonio a obedecer a mujeres dominantes. No cabe duda de que este comentario era injusto para todas las personas implicadas, pero lo**

cierto es que en los corrillos de Roma se empezó a hablar del sometimiento y la falta de arrestos que había demostrado el general más ambicioso de la República.»

«Cleopatra *era* una reina y sabía que su relación con Marco Antonio podía ser beneficiosa para ambas partes. Del mismo modo que ella necesitaba el apoyo de Roma, él necesitaba fondos para sus soldados. A pesar de lo que dijera la gente, el deseo de Fulvia de sustraer a su marido del control de Cleopatra era sin duda secundario a su ambición de fortalecer la posición que él ocupaba dentro del triunvirato y mejorar su reputación en general. [...] Es cierto que había logrado el apoyo egipcio en la guerra en Asia, pero seguía sin tomar la iniciativa, perdido como estaba en el otro extremo del mundo. A Fulvia no se le escapaba que podía ocupar el lugar de Octavio y presentarse como héroe del pueblo con tan solo volver a centrarse en lo importante.»

«Este conflicto pasó a la historia como la guerra de Perugia, aunque fue la guerra de Fulvia en más de un sentido. Los enfrentamientos se libraron en los años 41-40 a. C., con la pretensión de alterar el equilibrio de poder en el triunvirato y castigar a Octavio por sus ofensas. [...] La descripción de Dion Casio de estos sucesos pretendía resaltar la virilidad de Fulvia, que desde su punto de vista iba contra natura. Lo cierto es que ella no debió coger la espada para participar en los combates, si es que llegó a blandirla alguna vez: quizá lo hiciera solo ceremonialmente y para dirigirse a los militares, que no estaban acostumbrados a recibir órdenes de una mujer. No obstante, su papel en los enfrentamientos en torno a la ciudad de Perugia (Perusia) fue crucial. Fue ella quien instó a los soldados a venir desde la Galia para unirse al bando de Lucio, en un momento en que se hizo evidente que este necesitaba refuerzos. Fue ella quien reclutó un nuevo ejército para su cuñado, cuando las fuerzas de que disponía resultaron insuficientes.»

«Fulvia se había hecho tan famosa como su cuñado y su antiguo yerno. Al decidirse por el conflicto armado, había puesto en peligro, no solo su posición, sino también la de Marco Antonio, sus soldados y la población de Perugia. A principios del año 40 a. C., Octavio consiguió que la ciudad sucumbiera mediante el hambre. Perdonó las vidas de Fulvia y Lucio, pero no las de quienes combatieron a su lado. Se dice que hasta trescientos senadores y ecuestres fueron degollados en el altar de Julio César.»

«A raíz de la derrota en la desastrosa guerra que ella había librado en su nombre, se decidió a ir a verlo en persona, con los dos hijos pequeños que tenían en común: Marco Antonio Antilo y Julio Antonio, de siete y tres años respectivamente, que apenas conocían a su padre. [...] A él le pareció bien el plan y se encontraron en la ciudad ática, pero la reunión fue breve. Le recriminó a Fulvia el caos que había provocado la guerra de Perugia y no dudó en dejarla abandonada en Sición, cerca de Corinto, cuando se puso enferma [...]. Los dos hombres no habían hecho más que comenzar sus tensas negociaciones cuando llegó la noticia de la muerte de Fulvia. De haberse quedado en Italia, podría haberse reunido allí con su marido y se habría evitado el traicionero viaje y una muerte lejos de casa. **Marco Antonio no pudo evitar sentirse en parte responsable. Es posible que entonces se diera cuenta por fin de lo mucho que había hecho ella por mejorar su posición, tanto dentro del triunvirato como en general, mientras él perdía el tiempo y la engañaba con Cleopatra en Egipto. Sin embargo, los historiadores latinos no se mostraron tan indulgentes con ella.»**

«[...] Como en ocasiones anteriores, se selló el pacto con un arreglo matrimonial, esta vez entre Octavia la Menor, la hermana mayor de Octavio, y Marco Antonio. Octavia era, según la reputación popular, «una portentosa mujer». Hermosa, sensata, y madre en tres ocasiones, se daba por sentado que podía ejercer una influencia positiva sobre el voluble Marco Antonio y que, de haber alguien que podía hacerle sentar la cabeza, era ella.»

«[...] Esta afirmación es de una sagacidad extraordinaria. ¿Qué era peor? ¿Ser la esposa del hombre que había matado a su hermano, o la hermana del hombre que había matado a su marido? Saberlo era cuestión de tiempo. En todo caso, Octavia hizo todo lo posible por retrasar un enfrentamiento que ya parecía inevitable y convenció a los dos hombres para reunirse en la ciudad costera de Tarento, en el sur de Italia, y renovar su alianza. Para alivio de la mujer, se alcanzó un acuerdo que resultaba beneficioso para todas las partes.»

«[...]Al principio, este no podía comprender por qué estaba tan interesado en sus aventuras extramatrimoniales. Incluso, le escribió una carta para preguntarle qué objeción podía tener a su relación sexual con la reina de Egipto: «¿Es que tú te acuestas sólo con Drusila?», le preguntó, «Salud si, cuando leas esta carta, no te has acostado con Tertula, o con Terentila, o con Rufila, o con Salvia Titisenia, o con todas ellas. ¿Importa acaso dónde y con quién sacias tu deseo?» No cabe duda de que Octavio no fue siempre fiel a Livia, pero se dice que, de todas las mujeres que conoció en su vida, ella fue la que más amó. Con estas palabras, Marco Antonio expresaba una opinión habitual en muchos hombres de la época. Sin embargo, pasaba por alto de forma deliberada la principal objeción de Octavio a su relación con Cleopatra: ella no era romana. Al dejarse ver en público con la reina y al tratarla con tanta consideración, parecía ponerla por encima de su esposa y hermana de su socio político, que sí lo era. De este modo, mientras Octavia era objeto de las atenciones y honores de su hermano, había recibido muy pocos de su marido, el cual, en cambio, había entregado como obsequio a Cleopatra y a sus descendientes territorios que incluían Fenicia y Chipre. El pueblo romano no dejaba de asombrarse por la desigualdad de trato que implicaba este triángulo amoroso.»

«Octavia concluyó que no le quedaba más remedio que dar media vuelta y partir de regreso. En esta situación, su condición de esposa del político y militar romano estaba en entredicho. Para colmo de males, sus peores temores se hicieron realidad al poco tiempo. Ya en Roma, recibió una carta de su marido en la que le ordenaba que abandonara lo antes posible la villa que había compartido con él y con sus hijas e hijos[...]. Para conservar su dignidad ante la opinión pública, accedió a abandonar la residencia, pero insistió en que los niños y las niñas quedaran a su cargo, no solo sus propias hijas, sino también los hijos de Fulvia. Este tipo de gestos le hicieron ganar una gran popularidad en Roma, lo que a su vez no hizo sino exacerbar la mala disposición de Marco Antonio hacia ella. En mayo del 32 a. C., le envió el insulto definitivo, en forma de papeles de divorcio.»

«No cabía duda alguna de que su marido la había tratado de forma atroz. Sin embargo, ella estaba decidida a no ser la excusa de su hermano para declarar la guerra a su socio, ya “que no sería nada agra dable el tener que escuchar que, de los dos más grandes generales, uno había provocado la guerra civil entre los romanos por el amor de una mujer y el otro por el excesivo celo en defensa de otra”. Lo último que Octavia quería era convertirse en una nueva Helena de Troya.»

« [...] Octavio acudió a hablar con ella [Cleopatra] en persona unos días más tarde y ella le permitió entrar y se incorporó para recibirlo. Él se sentó al lado del lecho y le rogó que volviera a tumbarse. Ella le preguntó si tendría piedad de ella en caso de que enviara regalos a Octavia y Livia. Disponía de grandes tesoros que prodigar en Roma y sabía de sobra que ambas mujeres gozaban de la estima de su pueblo. Él le dijo que la trataría con consideración. Octavio se separó de ella convencido de que la reina tenía la intención de seguir con vida. Lo había engañado. [...]»

«Octavio estaba furioso por el hecho de no haberla capturado con vida, para hacerla desfilar en su triunfo en Roma. Tanto era así, que se dice que hizo llamar a encantadores de serpientes para que succionaran el veneno de la herida, en un intento desesperado por reanimarla. [...]. **Con el paso del tiempo, Octavio reflexionó sobre estos acontecimientos y se dio cuenta de la**

extraordinaria fuerza de ánimo de Cleopatra. Accedió a que fuera enterrada junto a Marco Antonio, como la pareja había dejado indicado. Se cree que sus restos podrían descansar en una cripta al oeste de la actual Alejandría.»

«[...] Tras las muertes de Marco Antonio y Cleopatra, se derribaron las estatuas del primero, pero se mantuvieron las de la segunda. **Puede que haya algo de verdad en el rumor de que una de las amistades de la reina egipcia sobornó a Octavio para conservar en su lugar algunas de las esculturas, pero también es posible que la admiración y un creciente respeto por la difunta soberana prendieran incluso entre el pueblo romano.** En sus últimos días, la faraona demostró un valor y una magnanimidad que rara vez se asociaban con habitantes de regiones al este de Roma. [...] el vástago de Julio César, fue considerado una amenaza demasiado grave para el poder romano y ejecutado a la edad de dieciséis años. La misma suerte corrió el mayor de los muchachos que Marco Antonio había tenido con Fulvia, Antilo. Al resto de los niños y niñas, sin embargo, se les concedió una escolta y se les llevó a un lugar seguro. La siempre generosa Octavia accedió a darles una educación, junto a su familia y el resto de la de Fulvia.»

«Cleopatra fue la última faraona de Egipto. Aunque su derrota fue motivo de celebración en Roma, sobre todo por parte de Octavio, que se adueñó de su antiguo reino a título personal, su vida se convirtió en un ejemplo para las mujeres de la casa imperial. Ella había demostrado que era posible ejercer una influencia femenina incluso sobre los dirigentes más destacados de Roma. Primero Julio César y luego Marco Antonio se habían plegado a sus deseos, e incluso logró escapar en sus últimos momentos de las garras de Octavio, un hombre que creía entender a las mujeres, pero que, como se demostró en última instancia, estaba equivocado.»

LAS EXILIADAS

«Octavio dedicó mucho tiempo a pensar en el futuro de su familia mientras buscaba la manera de reforzar su posición política en Roma. [...] Las mujeres de su familia fueron decisivas a la hora de establecer una dinastía. La noción de un principado hereditario (común en el mundo helenístico) era todavía una idea difusa en Roma, pero el nacimiento de varones en el clan permitía abrigar la esperanza de que el régimen que estaba creando el emperador le sobreviviría. Esta responsabilidad recaía sobre todo en Julia, en tanto que única hija biológica de Augusto. En el 25 a. C. cumplió catorce años y fue entregada en matrimonio a su primo, el hijo de Octavia, Marco Claudio Marcelo. Sin embargo, los augurios no eran prometedores. [...]»

«El suegro del difunto no tenía ninguna duda de que su hija Julia debía volver a contraer matrimonio lo antes posible. Se dice que la primera que pensó en Agripa, como un candidato adecuado para la muchacha de diecisiete años, fue Octavia. Sin embargo, había un obstáculo evidente. El aspirante a novio seguía casado con su más reciente esposa siguiendo las indicaciones de Augusto, que lo había hecho divorciarse de su anterior mujer. [...] En el 21 a. C., Julia, viuda a los dieciocho años, se casó con uno de los hombres más emprendedores y con mayor ansia de saber de la época.»

«[...] Julia, en adelante denominada Julia la Mayor, había desarrollado una mente igual de inquisitiva. Era famosa por su amabilidad y por su afición a la lectura, su rápido ingenio y sus agudas respuestas. Su padre siempre la había vigilado muy de cerca. Pretendía controlar todos los aspectos de su vida, desde las amistades que tenía hasta la ropa que llevaba. En más de una ocasión le dijo que debía ser más discreta en su aspecto, vestir de forma menos llamativa y comportarse con mayor circunspección.»

«Sea como fuere, Livia demostró ser capaz de ejercer las funciones de emperatriz, al mismo tiempo que mantenía la apariencia de decoro que correspondía a una matrona y que tanto admiraba su marido. Ella misma confeccionaba sus vestidos, siempre con esmero para que respondieran a sus gustos ascéticos, a pesar de contar con la ayuda de un numeroso séquito para su cuidado personal. Este incluía a varias peluqueras, como una esclava de Capri llamada Dorcas, y masajistas, además de fabricantes de joyas de perlas, zapatos, orfebrería, espejos y telas teñidas. La cantidad de esclavos y esclavas que estaban a su servicio era enorme. La autoridad de Livia era evidente incluso para la plebe romana.»

«[...] Augusto siempre había intentado convencerse a sí mismo de que detrás de la exuberante y jovial apariencia de su hija se escondía una personalidad virtuosa y maternal. Pero con el paso de los años y el distanciamiento de Tiberio empezaron a correr rumores acerca de sus coqueteos con otros hombres. Se decía que acudía a fiestas en el foro cuando oscurecía. En la nueva era de puritanismo imperial, no existía la posibilidad de que una matrona se tomara una inocente copa de vino con unos amigos.»

«En el año 2 a. C., Julia fue llevada a bordo de un barco que partió rumbo a Pandataria (actual Ventotene), una pequeña isla volcánica situada a 70 kilómetros frente a la costa occidental de Italia, al otro lado de Nápoles. [...] El principal sostén de la prisionera fue durante este período su madre. En efecto, Escribonia, la mujer a la que Augusto había abandonado poco después del parto, acompañó a su hija al exilio de forma voluntaria.»

«[...] **el emperador rogaba a menudo a los dioses poder ser padre de cualquier otra persona que no fuera Julia. Cuando la liberta Febe se suicidó, declaró que habría preferido tenerla por hija. Sin embargo, sus sentimientos no eran compartidos por la mayoría del pueblo romano.** Apenas la exiliada partió hacia su destierro, empezaron a recibirse peticiones para que se le permitiera regresar. Augusto, sorprendido por esta demostración pública de afecto, se limitó a decir que las ranas criarían pelo antes de que Julia pudiera retornar a Roma.»

«Parece ser que, una vez que la familia imperial había exiliado a una de sus integrantes, se habían roto las barreras y era más fácil hacerlo en casos sucesivos. Mientras Julia la Mayor, su madre, estaba confinada en Reggio y Agripa Póstumo, su hermano, languidecía en Pianosa, Julia la Menor seguía en Roma. [...]»

«Durante su exilio, Julia la Menor dio a luz a un niño que Augusto se negó a reconocer. En consecuencia, se despachó un heraldo con el mensaje de que el pequeño fuera abandonado y expuesto en un lugar público. ¿El hijo era de su marido o de su amante? ¿O tal vez Julia fue violada al llegar a su lugar de destierro? Es imposible saberlo. Livia le mandó dinero, lo que parece sugerir que era consciente de que se le había impuesto una pena desproporcionada a la falta. El hecho de que la acusación presentada contra la joven fuera tan poco concluyente y su similitud con las supuestas faltas cometidas por su madre permiten sospechar la existencia de un motivo oculto tras el destierro. Era una excusa demasiado conveniente que las dos Julias transgredieran la legislación moral de Augusto de un modo casi idéntico. Puede que nunca llegue a saberse la verdad, pero cabe la posibilidad de que Ovidio descubriera lo que Julia la Menor se traía entre manos en realidad y que su relación con Silano fuera solo una tapadera para encubrir una trama que pretendía traer de vuelta a su madre y su hermano del exilio. Lo que es cierto es que Augusto se tomó esta situación tan a pecho como todos los demás dramas de su familia. Si alguna vez salía a colación el nombre de Julia o el de Agripa Póstumo, el emperador citaba a Homero: «¡Ojalá no me hubiera casado y muriera sin descendencia!». Julia la Menor nunca volvió a ver a su madre o a su hermano. Para Augusto seguirían siendo, simplemente, “sus tres abscesos y sus tres cánceres”.»

CUERPO ROTO, MENTE INQUEBRATABLE

«Cuando Agripina se casó con el emperador, lo primero que le vino a la cabeza fue Nerón y su nueva posición en el ajedrez dinástico. Tras este enlace, el muchacho no solo pasó a ser hermanastro de Británico y Octavia, hijo e hija de Claudio con Mesalina, sino que también fue adoptado por su padrastro y prometido en matrimonio a su hermanastra. A partir de este momento, dejó de ser conocido como Lucio Domicio y empezó a ser llamado Nerón. Más allá de estos arreglos, ya desde un primer momento hubo indicios de que la recién nombrada emperatriz pretendía convencer a su nuevo esposo para que designara a su hijo como heredero al trono [...]»

«Otro historiador posterior, Dion Casio, calificó a Agripina de «nueva Mesalina», si bien, como observó Tácito con mayor precisión, la influencia y la reputación de la sobrina de Claudio eran de su propia cosecha y de un carácter muy diferente al de su antecesora.⁵ Ella actuaba «no por vía de deshonestidades como Mesalina, que se burlaba del Imperio romano», afirmó este autor, «mas haciéndose servir y obedecer como si fuera varón. En lo público se mostraba severa, y muchas veces soberbia; no había en su casa cosa deshonestas, sino cuando le convenía para mandar.» Agripina fue reconocida como la autoridad detrás del trono y acusada de iniciar un período todavía más oscuro en la historia romana. Detrás de la patente misoginia de Tácito, se escondía una genuina preocupación por el equilibrio de poder entre ella y su marido. [...]»

«El supuesto motivo de la emperatriz para asesinar a su marido fue asegurar la sucesión de Nerón, en un momento en que Claudio parecía empezar a favorecer a su hijo biológico, Británico. Es muy posible que la pareja tuviera fuertes discusiones sobre el orden de la sucesión, pero de ahí a afirmar que Agripina tuvo algo que ver con la muerte del emperador hay una gran distancia. De hecho, su implicación en el suceso es bastante improbable. En todo caso, este episodio tuvo consecuencias trascendentales. En palabras de Plinio, Agripina administró a Roma otro veneno, en forma de muchacho de dieciséis años.»

«Cuando llegó una delegación de Armenia a la capital imperial, Agripina se sentó junto a Nerón en el Senado para recibirla. Este hecho inesperado sorprendió a los presentes, sobre todo al propio emperador, que siguió el consejo de Séneca en este caso y saludó a su madre con educación. Compartieron la misma litera en público en varias ocasiones y el día de su ascensión al trono el muchacho eligió *Optima Mater* («madre óptima») como santo y seña de su guardia. Sin embargo, a medida que el joven asumía las responsabilidades de su cargo, Agripina desapareció, de manera gradual pero incesante, de la escena pública. [...]»

«Agripina redobló sus esfuerzos para vigilar a su hijo, a la vez que este empezaba a mostrar los primeros signos de no dejarse controlar por ella. A menudo, los historiadores latinos presentan el personaje de un Nerón que comienza bien en sus funciones, pero que luego deriva de manera constante y progresiva hacia todos los excesos, sobre todo a partir de la década del 50 d. C. [...]»

«Popea no solo se convirtió en la musa de Nerón, sino en su amante y, con el paso del tiempo, en una piedra en el zapato de Agripina. El trato entre las dos mujeres se hizo cada vez más tirante a mediados de la década de los sesenta, cuando la popularidad del emperador empezó a decaer debido a factores externos, incluido el gran incendio de Roma. Popea aprovechó con facilidad las inseguridades del joven soberano para persuadirlo de que sus problemas eran consecuencia del exceso de poder del que disfrutaba su madre. Es cierto que muchos de los honores concedidos a Agripina no tenían precedente en la historia de las mujeres de Roma. Por ejemplo, se la había designado como sacerdotisa para ejercer el culto a Claudio y se le había concedido el uso de dos lictores o asistentes especiales.²⁷ A qué tareas dedicó a cada uno de ellos es un misterio hasta la fecha. Sin sus memorias, los únicos relatos supervivientes son las obras de los

historiadores latinos, que la mayoría de las veces la presentan desde el punto de vista de Nerón y Popea. Es decir, como una entrometida metomentodo que obstaculizaba el camino de la pareja y a la que había que quitar de en medio. [...]»

«[...]El rebuscado plan podría haber logrado su objetivo, de no ser porque las orejas del sillón en que Agripina estaba sentada resistieron el impacto y la salvaron de ser aplastada. Herida en el hombro, se arrojó al agua y nadó hasta ponerse a salvo, pero luego fue apaleada y apuñalada hasta la muerte. En un gesto dramático digno de su hijo, se dice que se señaló el vientre, el origen de todos sus males, y pidió a sus asesinos que clavarán en él la daga. Nerón se arrepintió casi de inmediato de haber ordenado este crimen. Intentó justificar sus acciones ante sí mismo y ante el Senado por el supuesto deseo de Agripina de obligarlo a compartir el gobierno y por su implicación en una trama contra su vida, a la que añadió más detalles ficticios. Sin embargo, nunca se recuperó del todo de su implicación en este asesinato. No cabe duda de que su representación en escena, algún tiempo después, del papel de Orestes, el matricida, haría las delicias de cualquier psicoanalista. En el 60 d. C., un año después de la muerte de Agripina, Nerón fue nombrado heredero conjunto del patrimonio de Prasutago, rey del pueblo iceno, de Britania.³⁰ A diferencia de la cultura romana, esta tribu sí contemplaba el traspaso del trono y la herencia a las mujeres y lo que pretendía el gobernante britano era que el emperador compartiera su legado con sus dos hijas biológicas.»

«El objetivo de estas disposiciones era salvaguardar los intereses de las pequeñas de amenazas externas. Dada su corta edad, la madre de las niñas, Boudica, ejercería de regente. [...]»

«Nerón había supuesto que la muerte de su madre facilitaría su divorcio de Octavia, pero el proceso resultó ser más largo y complejo de lo esperado. El pueblo romano siempre había admirado a la hija de Claudio y el verla desterrada y acusada de adulterio, algo patentemente falso, causó una consternación generalizada. Su posterior ejecución solo sirvió para inflamar más los ánimos en contra del emperador. [...]»

«Aunque las mujeres más poderosas del período eran en general las de la corte, esta etapa también vio la aparición de otras que, en la periferia, tuvieron papeles destacados. Personajes femeninos que, como Locusta, gracias a sus conocimientos pasaron a ser inestimables para los hombres que se sentaban en el trono. Sin embargo, la voluntad caprichosa, impredecible, desenfrenada y a menudo brutal de los emperadores hizo que este período fuera una etapa de intensa incertidumbre para las mujeres de todas las clases. Puede que Turia sorteara con éxito las restricciones de las leyes augustas, pero la mayoría de sus congéneres estaban sometidas a normas diseñadas para retrotraerlas en conjunto a una época ideal que solo existía en la imaginación del emperador. Ser mujer, entonces y como siempre, era formar parte de la trama de un tapiz de extensión inverosímil e inabarcable.»

CONCLUSIÓN

«En 67 d. C., un año antes del suicidio de Nerón, la isla de Creta, en la que había florecido la cultura minoica, fue conquistada e incorporada por completo al imperio romano. En el transcurso de los tres milenios anteriores, la intervención femenina había sido consustancial a la narrativa de la historia antigua, si bien el progreso (por utilizar un término moderno) no había sido continuo ni lineal.»

« [...]la Lesbos del siglo VII a. C. permitió que Safo disfrutara de oportunidades de alcanzar la fama que estaban vedadas a la mayoría de las ciudadanas de Atenas doscientos años después.

Del mismo modo, los autores latinos decidieron que el comportamiento de Lucrecia era heroico y el de Cleopatra reprobable, como si ambas pertenecieran al mismo mundo irreal e idealizado. La capacidad de entender a las mujeres y situarlas en su contexto histórico es una cualidad ausente incluso en los historiadores clásicos y contemporáneos de mayor renombre. Espero haber contribuido en cierta medida a traer de vuelta a la vida a estos personajes femeninos.»

«Quienes lean este texto con ojos modernos se encuentran en una situación comparativamente ventajosa para apreciar que las mujeres cambiaron el curso de la historia antigua de modos muy tangibles. Debería ser importante reconocer en la actualidad que los primeros poemas cuya autoría es conocida son obra de una poeta. El hecho de que los versos de Enheduanna hayan pervivido hasta la actualidad sienta un precedente inapelable respecto al triunfo del arte sobre la violencia, algo que repercute a través de los milenios siguientes. Del mismo modo, debería conservarse el recuerdo de Cinisca de Esparta, la primera mujer en obtener una victoria en los Juegos Olímpicos, a sus cincuenta años de edad. No se conservan los nombres de las prostitutas que ayudaron a financiar la tumba de Aliates, ni la apariencia de la panadera a la que Creso atribuyó su ascenso al poder, pero las contribuciones de estas mujeres a la historia de Lidia fueron trascendentales. Puede que Ciro el Grande haya pasado a la historia como el fundador del primer imperio persa, pero nunca habría alcanzado esta posición de no haber contraído matrimonio con Amitis, la hija de Astiages.»

«Más allá de constatar el valor de personajes femeninos individuales, como Gorgo de Esparta, Telesila de Argos o Artemisia de Halicarnaso, la única mujer que ostentó el mando de un ejército durante las guerras médicas, las páginas anteriores están llenas de incontables ejemplos de otras que se vieron afectadas por los combates. Dice mucho de la posición alcanzada por Aspasia en la sociedad ateniense que pudiera ser culpada del estallido de la guerra de Samos. Del mismo modo, las batallas que libró Olimpia de Epiro contra la esposa de su hijastro deberían pasar a la historia junto a las campañas de su hijo Alejandro Magno.»

«Las inscripciones halladas en proyectiles de Perugia traen a la vida el asedio que sufrieron las fuerzas de Fulvia mientras Marco Antonio proseguía su aventura sentimental con Cleopatra. Ya es hora de que los nombres de estas figuras femeninas sean tan conocidos como los más habituales de Alejandro Magno y Julio César.»

« [...]Sin saberlo, Cornelia, la madre de Cayo y Tiberio Graco, estableció un modelo que las progenitoras de los emperadores se esforzaron en imitar. Así, mientras que los escritores posteriores se deshicieron en alabanzas hacia ella por la influencia política que ejerció sobre sus hijos, Livia y Agripina la Menor recibieron solo condenas y advertencias de no inmiscuirse. Los parámetros fijados para la intervención de las mujeres de la familia imperial en el gobierno dependían en exclusiva de los caprichos de cada soberano.»

« [...]Podemos dar rienda suelta a nuestra frustración, en nombre de todas las mujeres de la Antigüedad cuyas vidas se fueron a la tumba con ellas y de aquellas otras cuyo legado fue distorsionado hasta ser irreconocible, pero como Jerjes al hacer azotar el mar, corremos el riesgo de pasar por alto a los espíritus que se ocultan bajo la superficie. En cada aspecto del mundo antiguo se constata la presencia femenina. Las mujeres son las autoras de nuestra historia.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

